

LA ILUSTRACION

HEMEROTECA
MUNICIPAL



Niños

DIRECTOR PROPIETARIO
DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

LISTA DE LOS COLABORADORES

- | | | |
|---|----------------------------------|--------------------------------|
| Doña Ángela Grassi. | D. Abdon de Paz. | D. Victor Navarro. |
| Doña Faustina Saez de Melgar. | D. Eusebio Blasco. | D. Emilio Prieto y Villareal. |
| Doña Joaquina Balmaseda. | D. Emilio Ruiz de Salazar. | D. Francisco Guerrero García. |
| Doña María del Pilar Sinués. | D. Vital Aza. | D. Erivaldo P. de Azpillaga. |
| Doña María Marti de Dominguez. | D. Antonio San Martin. | D. Enrique Benavent. |
| Excmo. Sr. D. Juan E. Harzenbusch. | D. Ricardo Sepúlveda. | D. Pedro Escamilla. |
| Excmo. Sr. D. Ramon de Campoamor. | D. Eleuterio Llofrui y Sagrera. | D. Antonino Elías Romero. |
| Excmo. Sr. D. Fernando Corradi. | D. Manuel Jorredo y Paniagua. | D. Narciso Diaz de Escovar. |
| Excmo. Sr. D. Eduardo Chao. | D. Joaquin Olmedilla y Puig. | D. José Casafont. |
| Excmo. Sr. D. José Gil Dorregaray. | D. José Estremera. | D. Mariano Sanchez Bruil. |
| Excmo. Sr. D. Agustin Pascual. | D. Eugenio de Bartolomé y Mingo. | D. Quintin Labernesse. |
| Excmo. Sr. D. Manuel M. ^a de Galdo. | D. Vicente Regulez y Bravo. | D. Mariano de Larra y Ossorio. |
| Excmo. Sr. Baron de Córtes. | D. Emilio Ferrari. | D. Emilio de Santos y Olive. |
| Excmo. Sr. D. Valentin M. ^a Mediero. | D. José María Medina. | D. Faustino Jouve. |
| Ilmo. Sr. D. Mariano de la Paz Graells. | D. Fernando Martinez Pedrosa. | D. Manuel Lopez Calvo. |
| Ilmo. Sr. D. Francisco Javier de Salas. | D. Diego Perez Hernandez. | D. Timoteo Domingo Palacio. |
| Ilmo. Sr. D. Carlos Frontaura. | D. Pedro Ruiz Avila. | D. Antonio Blanc. |
| Rdo. P. J. A. García de la Iglesia. | D. Vicente D. Bordanova. | D. Leandro Angel Herrero. |
| D. Ventura Ruiz Aguilera. | D. Francisco Muñoz y Rodriguez. | D. Pedro Lumbreras, pbro. |
| D. Teodoro Guerrero. | D. Ignacio Bolivar y Urrutia. | D. José Primo de Rivera. |
| D. Gregorio Mijares. | D. Domingo Fernandez Arrea. | D. Cayetano Collado. |
| D. Alfonso E. Ollero. | D. Manuel Gonz. Alvarez, pbro. | D. Manuel Ferrer. |
| D. Mariano José Vallejo. | D. José María Bolivar. | D. Joaquin Luis Olbés. |

ARTISTAS

- | | | | | |
|---------------------|-------------------------|--------------------------|-------------------------|---------------------|
| D. Mariano Urrutia. | D. Lázaro Nuñez Robres. | D. José Muriel y Alcalá. | D. Manuel Salvi. | D. Manuel Fernandez |
| D. Tomás Breton. | D. Antonio Caula. | D. Eduardo Novi. | D. Francisco del Valle. | y de la Torre. |

SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes, 6 id. trimestre.
 Provincias: 7'50, id.
 Extranjero y Ultramar: 6 meses, 5 pesos fuertes en oro.
 Número suelto, una peseta cincuenta céntimos.

SUMARIO

I. La décimasétima quincena. — II. La limosna. — III. La oveja coja. — IV. Los jardineros. — V. Viaje por el mundo de los espíritus. — VI. Covadonga. — VII. A la Virgen María. — VIII. ¡Que viene el coco...!! — IX. El heroísmo en la infancia. — X. La mano de la Providencia. — XI. Hidrografía. — XII. Suelos, problema y charada.

OFICINAS
Fuencarral, 3, pral.
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.
 Anuncios y esquelas de defunción de niños, á precios convencionales.



Madrid 15 de Julio de 1879.

Acaba de trascurrir una quincena que, á decir verdad, no me la esperaba.

Es decir, no pensé nunca que pudiera tener episodios tan heterogéneos.

Una niña incendióse há pocos dias los vestidos, en esta córte, al estar jugando con otras de su edad, muriendo á las pocas horas entre los más crueles tormentos.

Esto encierra un aviso que no expongo, porque lo dejo á vuestro buen juicio.

Ciertos objetos en vuestras manos son un arma mortífera, de que debéis huir á todo trance.

El príncipe real de Italia estaba jugando también con una niña, y llevado de la ira porque no se le daba un juguete que apetecía, pronunció una expresion impropia de un príncipe.

Ni su poca edad, ni su rango, ni nada, ha podido evitar el ser condenado por su padre á un mes de arresto, con supresion de toda clase de juegos.

Esto creo pudiera ser una leccion á algunos padres, que transigen con los caprichos de sus hijos.

El oro y la alcurnia no dispensan de ser hombres. Seamos hombres, y lo habremos sido todo.

* * *

En la primera mitad de Julio del año 622, huía un hombre de su país porque escrito está que *nadie es profeta en su pátria*.

Se llamaba Mahoma, y queria ser profeta.

La ignorancia de aquellos tiempos le condenó á muerte, y hubiera sucumbido á no emigrar de la Meca.

Hoy, aquel apóstol fanático, es el oráculo de muchos millones de inteligencias.

Más tarde, en la misma época del año 711, vióse llegar á las costas meridionales de España una flota numerosa, en donde venia embarcado un ejército desconocido.

Sus caballos eran veloces como el huracán.

Sus ropajes extraños.

Eran los hijos del Profeta.

Venian á cumplir un mandato solemne; extender sus creencias con la punta de la espada.

Aquellos advenedizos desembarcaron.

En la orilla de un rio tropezaron con las huesas españolas.

A la cabeza de estas iba un hombre viejo, decrepito por sus vicios.

De nada sirvió que arengase á sus valientes.

Estaba escrito.

Los invasores vencieron á los godos.

El rio Guadalete fué testigo de la derrota más espantosa; aún sus arenas parece conservan la huella de las plantas de Don Rodrigo y lloran la pérdida de la pátria.

* * *

Es un génio.

Su nombre ha llegado ya á los ámbitos del orbe.

Puede decirse de él que su pátria es el mundo entero.

En todas partes le conocen.

Ha escrito mucho, mucho.

Y lo que es más: muy bueno, muy bueno.

Honra á su pátria, pero su pátria no le honra á él.

Tal vez crea que con los laureles de la gloria se mantiene el hombre que, cargado de años y de achaques, alienta en el silencio por el amor de la tierra en que nació.

Tal es D. Juan Eugenio de Hartzenbusch: todo sentimiento, todo corazon.

Si yo creyera en la metempsícosis, diria que el alma de Cervantes ha reencarnado en la del insigne literato.

Vale casi tanto como el *manco* de Lepanto, y sus conciudadanos le dispensan los mismos honores: el olvido y la indiferencia.

Sensible es que génios tales se oscurezcan por el desamparo en que su pátria los tiene.

Si alguno de los poetas contemporáneos merece una estatua, es sin disputa ese anciano que se llama Hartzenbusch.

Y apesar de todo, ese espíritu gigante, hoy encerrado en un cuerpo decrepito, no olvida la sociedad en que vive.

Sabe que la regeneracion del mundo tiene su base en las ideas, que se inculcan en el corazon de la infancia.

Por eso ama á los niños y se interesa por cuanto á su perfeccionamiento atañe.

Por eso con el mayor entusiasmo de su corazon es desde hoy colaborador de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS.

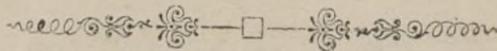
Con tales guías se llega á donde se desea.

Y el deseo se vé cumplido.

La constancia es la palanca de Arquímedes.

El punto de apoyo lo forman hombres como Hartzenbusch.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

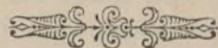


LA LIMOSNA

Ayer, cuando la nieve
 En copos silenciosa descendía
 A impulso de aire leve,
 Dejando la guitarra que tañía,
 Un pobre me tendió la seca mano....
 Y era el pobre, también, ciego y anciano.
 Y un débil niño, yerto,
 Ví en su regazo; lívido capullo,
 Que nunca en el desierto
 De un aura dulce se meció al arrullo;
 Con lloro acerbo sin cesar regado
 Y mustio de la fiebre al soplo helado.
 «Señor, —con sordas quejas
 Clamé, la airada vista en las alturas:
 —¿Será verdad que dejas
 Sin tu amor á estas flacas criaturas,
 Tú, que su duelo y su miseria sabes,
 Que sustentas las flores y las aves?»
 El anciano, tañendo,
 Segunda vez, las desacordes notas,
 Sobre mi corazón iban cayendo
 Como trémulas gotas;
 Y más que sonos vagos, eran ellas
 Suspiros y sollozos y querellas.
 No sé qué misterioso
 Espíritu sublime arrancar pudo,
 Qué genio milagroso,
 Tierno lenguaje al instrumento rudo,
 Que allá en su fondo un alma desterrada
 Parecía gemir desamparada.
 A su triste armonía,
 A ese rocío de dolor, sediento
 Mi corazón se abría,
 Despertándose al par el sentimiento:
 Así el agua de Mayo el campo inunda
 Y los dormidos gérmenes fecunda.
 ¡Oh, sabia Providencia!
 Si á un misero mortal penas le diste,
 Con pródiga clemencia
 A santa compasión otros moviste,
 Porque el hombre dichoso ame al que llora
 Y se cumpla tu ley consoladora.
 ¡Señor, yo te bendigo!
 En caridad, por tí, mi alma se abrasa;
 Dejando yo al mendigo
 De mi menguado bien limosna escasa,
 De sus ojos inmóviles, sin vida,
 La engrandeció una lágrima caída.
 Y con gozoso pecho
 Proseguí mi camino, triunfante
 Altivo, satisfecho;

Y hubiérame envidiado en ese instante
 La no sabida paz que en mí se encierra
 El monarca más grande de la tierra.

VENTURA RUIZ AGUILERA



LA OVEJA COJA

CUENTO

A una jornada de Madrid, en la falda de la sierra del Guadarrama y próximo al Escorial, existe un gran monte arrendado por una sociedad de cazadores, ó mejor dicho, de señores que habitan en la corte y que de vez en cuando van á aquel sitio á disfrutar del campo con el pretexto de matar conejos y perdices.

Hace ya algunos años que, tanto para guardar la caza como para la asistencia y comodidad de los socios, tenían estos en la casa que existe en lo más alto del monte á un guarda llamado Nicolás, que, á sus cualidades de activo y celoso para impedir que hicieran daño en el vedado los cazadores furtivos, reunía la circunstancia de tener una esposa limpia y activa, que se esmeraba en el servicio de los amos.

Este honrado matrimonio tenía un hijo llamado Antonio, que entre otras muchas y buenas cualidades, poseía la de ser compasivo, hasta el caso de no poder presenciar, sin prorrumpir en llanto, que se hiciese padecer á un animal.

Tan bellísimos sentimientos, al paso que disgustaban á su padre, hombre de bien, pero rudo y agreste, encantaban á su madre, que veía en ellos el germen de la caridad y de la benevolencia, porque más tarde había de ser apreciado de todos.

Con la entrañable pasión de madre, acrecentada por el dulce carácter de su hijo, Gertrudis, que era el nombre de esta buena mujer, enseñó á su hijo á leer y escribir; á lo que Nicolás no se opuso, toda vez, según él, que Antonio adolecería siempre de *pusilanimidad* y *cobardía*, no sirviendo más que para hacer el señorito.

Haremos la justicia de decir que Nicolás, como la mayor parte de los hombres rudos é incultos que no han recibido educación, estaba en el error de que la sensibilidad y los sentimientos tiernos, así como la cultura y la civilidad, enervan el valor de los hombres; y que, por consiguiente, estas cualidades solo deben poseerlas las mujeres.

Antonio tenía ya diez años, y cada día era en él más vehemente su compasión por todos los seres que sufrían, y su iniciativa para remediar ó

atenuar los padecimientos á toda clase de criaturas.

Por esta época pasó por cerca de la casa del monte un rebaño de ovejas merinas, que, como es sabido, cruzan España todos los años por la primavera en busca de climas más frescos.

Una pobre oveja, aspeada y con una pata rota, iba casi exánime siguiendo á sus compañeras y sufriendo los malos tratamientos de los pastores, á quienes entorpecía en su marcha.

Antonio, á quien los padecimientos de un animal inspiraban en seguida el deseo de evitárselos, se aproximó al mayoral del rebaño y le suplicó casi con lágrimas en los ojos, que si no podia conducir aquella pobre oveja sobre una caballería, la matase de una vez y no la hiciese penar obligándola á arrastrarse más que á andar.

El rabadán miró al niño con sorpresa y le dijo:

—No harás mal cura si sigues pensando así; y como yo respeto mucho al señor cura de mi pueblo, acordándome de él, te voy á contestar, que ya hubiera matado á ese pobre animal, si tuviera alguna carne que poderse comer; pero tan flaca está que no tiene más que la piel, y en cuanto se mueva se le quitará para responder al amo con ella.

—¿Y cuánto valdrá la piel? preguntó Antonio con ingenuidad.

—Un par de pesetas, replicó el mayoral.

—¡Qué lástima! exclamó Antonio, despues de contar y recontar un puñado de monedas de calderilla, que sacó del bolsillo; no tengo más que seis reales.

—¿Y quién te ha dado esa cantidad? le preguntó el pastor.

—Los señores, cuando vienen á cazar, dijo Antonio, que me dan algunos cuartos de propina.

—Vaya, muchacho, prorrumpió el pastor: veo que tienes buen corazon: quédate con la oveja y no me des más que una peseta.

Loco de alegría Antonio, dió las gracias al buen hombre, y cargando con su oveja, la llevó en triunfo hasta la casa, contando á su madre la historia de su adquisicion, que esta buena mujer no pudo menos de alabar.

Sin perder tiempo, el compasivo muchacho dió agua y yerba fresca al pobre animal, que estaba transido de sed y de hambre, y en seguida la entablilló la pata rota y se la vendó con unos trapos.

A los quince dias de estos y otros muchos cuidados que Antonio se habia tomado por su protegida, tuvo el placer de verla ya, repuesta y alegre, pacer la yerba por sí sola; si bien para siempre la quedó una pequeña cojera.

Pero la alegría de Antonio no es para descrita, cuando á los dos meses escasos de poseer su oveja, esta le dió dos corderitas blancas como la nieve.

¡Verse él poseedor de tres animalitos que le debian la existencia! Todo se le hacia poco para cuidarlos y proporcionarles comodidades, y de este modo, las corderas y su madre le seguian por todas partes, brincando y balando, como para manifestarle con estas demostraciones de alegría el placer que las inspiraba la presencia de su bienhechor.

Por este tiempo hizo una expedicion á cazar al monte uno de los socios, llamado D. Luis, rico comerciante de la calle de Postas, que traia con él á su querida perdiguera Diana; y que por más que solo sirviera para espantar la caza con sus desordenadas carreras, su amo decia que era la perra que *estaba de non* entre todos los perros de los aficionados de Madrid.

Nicolás habia ido por comestibles al pueblo inmediato, y D. Luis se marchó solo con su perra á dar una vuelta por el monte á la caída de la tarde.

Poco despues de anochecer, volvió á la casa don Luis, triunfante y satisfecho, pues traia dos conejos y una perdiz, víctimas, segun él, de su puntería esquisita y de la *maestría* y *buenos vientos* con que los habia *rastreado* su Diana.

Pero al hacer esta relacion á Gertrudis, y á Antonio, que le escuchaban contentos al ver la alegría de su amo, éste quiso hacer una caricia á su compañera de cacería, y no viéndola próxima, la llamó, pero inútilmente, porque la perra no acudió á recibir unas caricias de que tanto gustaba.

Alarmado D. Luis con la ausencia de su querida Diana, desde la puerta de la casa silbó, gritó y se desesperó, sin que la perra pareciese, dando este contratiempo lugar á que la alegría del cazador se trocara en un verdadero disgusto.

Acongojado Antonio, tanto al ver el sobresalto de D. Luis, como al considerar que la pobre perra estaria quizá en situacion de necesitar auxilio, se enteró con maña del terreno que el cazador habia recorrido hasta volver á la casa, y fingiendo que tenia sueño, se despidió del comerciante y de su madre hasta el siguiente dia.

Una vez dentro del cuarto donde tenia la cama, se deslizó sin ruido por una ventana baja que daba al campo y emprendió la carrera hácia el sitio que D. Luis habia dicho recorriera.

La luna nueva daba una tenue claridad sobre la oscura hojarasca de las jaras y carrascas del monte; pero la penetrante vista del niño, criado y acostumbrado á andar de dia y de noche por entre malezas, le hizo distinguir un objeto blanco



en medio de la oscuridad, que para cualquiera otro habria pasado por una peña.

Aproximóse Antonio, y poniéndose de rodillas, pudo ver y palpar que aquel objeto era la pobre Diana, tendida en el suelo, y que, al parecer, habia dejado de existir.

Al quererla levantar para ponérsela sobre sus piernas, observó que el pobre animal se hallaba amarrado á la tierra por el pescuezo, y entonces comprendió lo que sucedia, exclamando lleno de indignacion: *¡Está enlazada!*

Efectivamente, la pobre perdiguera, *rastreando* por una de las infinitas sendas que los conejos abren á su paso por entre la yerba, habia metido la cabeza en un lazo corredizo, hecho de alambre, y viéndose sujeta, los esfuerzos para romper aquel obstáculo la habian producido la asfixia (1).

El primer cuidado de Antonio fué aflojar el lazo que sujetaba al animal por el pescuezo, y en seguida, palpar y reconocer todo el cuerpo, para cerciorarse de si conservaba aún algun resto de vida. *¡Cuál sería la satisfaccion del buen muchacho, cuando poniendo una mano sobre el codillo de la perra, sintió, aunque muy débilmente, que aún la palpitaba el corazon!*

Inspirado por su ardiente caridad y deseo de volver la vida á aquel pobre animal, acercó sus labios á la amoratada boca de la perra, y soplando en ella, la introdujo el aire suficiente para que sus pulmones fueran poco á poco dilatándose, hasta poder funcionar por sí solos y sin necesidad de esfuerzos extraños.

Una vez pasado el mayor peligro, Antonio, aunque con mucho trabajo, consiguió cargar sobre sus hombros á la salvada Diana, y emprendió con lentitud el camino de la casa.

A cien pasos ya de ésta, oyó las desesperadas voces de D. Luis, que gritaba desde la puerta: *¡Diana! ¡Diana!*

—*¡Alla vá!* gritó el pobre Antonio, desfallecido con el peso de la perra, y se sentó á tomar aliento.

A la voz de Antonio, que reconocieron su madre y D. Luis, ambos quedaron atónitos, y penetraron rápidamente en el cuarto del muchacho, pues recordaron que en él habia entrado para acostarse.

Viendo Gertrudis la cama vacía y la ventana abierta, en seguida comprendió cuanto habia acon-

tecido, sabiendo los buenos sentimientos de su hijo, y apresuradamente dijo á D. Luis:

—*Sígame V., señorito.*

Sin darse razon de lo que hacia y medio atontado, D. Luis siguió con dificultad á Gertrudis, que corria hácia el sitio donde habia oido la voz de su hijo.

Antonio, jadeante y sofocado, se habia sentado en la yerba, y sintiendo venir á su madre, gritaba ébrio de alegría:

—*¡Madre! ¡Madre! Aquí estoy, y la traigo viva!*

Guiados por las voces del niño, Gertrudis y Don Luis no tardaron en llegar donde se hallaba Antonio, rebosando satisfaccion y alegría, con su protegida sobre las rodillas.

En esta situacion, los enteró de todo lo ocurrido, y ambos besaron y acariciaron al compasivo muchacho, que si bien encontraba natural el que se alegraran de lo acaecido, no comprendia por qué era merecedor de tantas caricias, una vez que no habia hecho más que cumplir con un sagrado deber.

Volvieron á la casa, D. Luis con su perra en los brazos y Gertrudis con su Antonio de la mano, en el momento que Nicolás regresaba á ella tambien de su expedicion.

La víctima salvada por la caridad y diligencia de Antonio, se fué reponiendo poco á poco de la estrangulacion, y entretanto Antonio volvió á referir su aventura con la naturalidad y candidez de quien ha hecho una buena accion por sólo el gusto de hacerla.

Concluida la cena, que fué satisfactoria y alegre para todos, D. Luis se dirigió al guarda y á su mujer, diciéndoles:

—El disgusto que Antonio me ha evitado salvando mi Diana, y más que esto los bellisimos sentimientos de caridad que este niño posee hácia todo sér que padece, me obligan á suplicar á ustedes dejen á mi cuidado su porvenir. Mañana se viene á Madrid conmigo, y más que un dependiente de mi comercio, prometo á ustedes que será un hijo á quien protegeré y haré con el tiempo un comerciante honrado y rico.

Ambos esposos se quedaron absortos al oir la proposicion de D. Luis, pues ni soñar habian podido para su hijo una posicion como la que les prometia aquel señor.

Pero antes que pudieran contestar para dar gracias por tan inesperada felicidad, Antonio tomó entre sus manos las de D. Luis, y mirándole con ojos cariñosos le dijo:

—Usted es muy bueno, D. Luis, y no querrá que mi madre y yo vivamos tristes, separados uno de otro. Además, yo creo que me pondria enfermo en cuanto no viviese en el campo, donde he nacido

(1) Esta manera de cazar, baja é innoble, solo la usan los dañadores del campo; y consiste en poner un lazo de alambre, abierto y corredizo, en las sendas ó veredas por donde pasa la caza, sujetándole por la punta opuesta á una rama ó piedra que el animal no puede arrastrar. Este, al verse cogido por donde el lazo corredizo le aprieta, hace esfuerzos por desasirse, que le causan más pronto la muerte.

y me he criado, y cuando dejase de estar siempre entre mis pobres ovejas, que tanto me quieren.

Gertrudis, sin hablar palabra, abrazó á su hijo, colmándole de besos, porque con aquella respuesta infantil Antonio habia penetrado sus propios sentimientos; pero Nicolás, por el contrario, dijo á D. Luis:

—No haga V. caso, señor, de las tonterías de este muchacho, que, como niño, no sabe lo que le conviene.

—Al contrario, contestó D. Luis. Conozco que Antoñito no sería feliz separado de sus padres y viviendo entre el bullicio de una gran poblacion; y como no puede dar buenos resultados torcer la inclinacion de las criaturas, yo, que sólo deseo la felicidad de este niño, voy á proponerle otra cosa más aceptable á sus gustos é inclinaciones.

Saben ustedes que las yerbas de este monte se arriendan por separado de la caza. Desde mañana me quedo con ellas á nombre de Antonio, y este, que tiene ahora diez años, cuando cumpla los veinte, con sólo lo que hayan procreado en diez años su oveja coja, las dos hijas que esta tiene y las hijas de todas estas, puede ser un ganadero que posea un rebaño de más de mil ovejas.

Hasta que Antonio tenga este número de reses, yo me encargo de pagar las yerbas del monte, para que pueda arrendar él á su vez las que no necesite en los primeros años.

Con este producto y el de la leche y la lana que su ganado le vaya rindiendo, puede ir atendiendo al cuidado y regalo de él; y con su carácter humano y compasivo, de seguro que sus ovejas han de ser las más gordas y floridas de la comarca.

Extasiada habia estado la familia del guarda escuchando la proposicion de D. Luis. Cuando concluyó de explicar su plan, el niño se arrojó á sus brazos conmovido y sin poder hablar.

—Hijo mio, continuó D. Luis, en nada perjudica á mi fortuna el pequeño sacrificio que hago por tí. Si de niño eres activo y celoso para practicar el bien, hasta con los animales que note pertenecen, de hombre, tengo la seguridad que has de ser el dichado del ganadero, del sér en cuya mano está la felicidad de miles de criaturas de Dios.

* * *

Diez años despues de esta noche memorable para la familia de Nicolás, Antonio, hecho ya un arrogante mozo, decia á su protector:

—Sr. D. Luis, despues del Sér Supremo y de mis padres, debo á V. el ser poseedor de un rebaño de más de mil cabezas de ganado merino, casi todo ovejas. Mediante Dios, antes de pocos años seré uno de los ganaderos más ricos de la provincia.

Desde hoy cesa V. de pagar el arriendo de las yerbas, pues yo lo puedo abonar con desahogo, y no es justo que quite á otro pobre los recursos con que V. puede hacerle hombre, como lo ha hecho V. conmigo.

Y ahora, añadió con los ojos arrasados por las lágrimas del agradecimiento,—¿cómo ni con qué podré yo pagar á mi bienhechor?

—De una manera muy fácil, contestó D. Luis, al mismo tiempo que estrechaba á Antonio con efusion. No ensoberbeciéndote con tu actual posicion, y contando á todo el mundo la historia de la oveja coja, para que sirva de estímulo á comprender los medios por donde la Providencia Divina acostumbra premiar á los hombres que son humanos y caritativos con los animales.

CAYETANO COLLADO



LOS JARDINEROS

(APÓLOGO)

Cultivando un valle hermoso
se hallaban dos jardineros
que, sin punto de reposo,
del jardin más delicioso
marcaban ya los linderos.

Al valle entonces florido
aislado, triste y sin nombre,
llegó un ser desconocido:
¿De dónde el hombre ha venido?
¿Dónde, dicen, va ese hombre?

Encarnadas sus mejillas,
tal vez confuso y cuitado,
les dió el hombre unas semillas;
flores, dijo, son, sencillas,
que entrego á vuestro cuidado.

Brotaron bellas violetas
de aquel jardin al abrigo;
no caben en las macetas,
y ellos, con frases discretas,
¿dónde vas, dicen, amigo?

Vengo á daros estas flores,
que á mis afanes debí,
respondió, y á mis sudores.
Pues vengan con mil amores,
que más lucirán aquí.

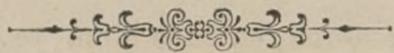
Y con su azada otro dia
llegó el hombre tan temprano,

que, al verlo, con alegría,
los otros dos á porfia
¿dónde vas, dicen, hermano?

—
Vengo, les dijo, mi brazo
como un hermano á ofrecerlos;
y en prenda de eterno lazo,
le dieron un fuerte abrazo
al punto los jardineros.

—
«Quien del noble arte divino
conseguir quiere la palma,
sigue siempre igual camino:
antes... pobre peregrino,
despues... hermano del alma.

ALFONSO E. OLLERO



VIAJE POR EL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS

I

Feliciano era ménos depravado de lo que él mismo aparentaba. No creía en Dios, ni en la libertad, ni en la virtud; y, sin embargo, se entusiasmaba como un muchachuelo recién salido de las aulas, defendiendo las doctrinas del espiritismo. Prueba de que, por más que se empeñe la lengua en demostrar cosa distinta, el corazón humano no puede vivir sin el fuego de la fé, sin la santa ambición de las creencias.

Nos reimos de las supersticiones de nuestros antepasados, y somos más supersticiosos que ellos. Nos burlamos de sus brujerías y encantamientos, y el espiritismo es la resurrección de la magia con sus brujas y encantadores á la moderna. En verdad que lastima ver á ciertos civilizados pensadores, evocar el auxilio de los seres invisibles, no de otro modo que le evocan los negros salvajes de Guinea. Pero ¿á qué compadecemos? ¿A qué tomar en serio lo que de suyo es tan gracioso? ¿No lo será que el mejor día nos anuncien los periódicos que ha sido descubierta la dirección aereostática mediante las revelaciones de un espíritu, especie de Zoroastro de los persas, diosa Isis de los egipcios ó Pitia de Delfos de los griegos?

II

Feliciano apenas había cumplido veinte años. Se hallaba en la edad de las grandes ilusiones, época inolvidable en la que el mundo se presenta pequeño á nuestros ojos, y uno sueña con la felicidad.

Cierta tarde, último día de mes, encontrábase nuestro jóven en su bohardilla de la calle del Molino del Viento, distribuyendo mentalmente entre algunos de sus acreedores los veinte duros de mesada que acababa de cobrar, como empleado que era de una de las casas de comercio de Madrid, cuando vió entrar por la puerta de su gabinete á uno de los pocos amigos que tenía.

—¿Qué traes ahí? le preguntó al verle con abultado volúmen bajo el brazo.

—Te traigo la obra de las obras.

—¿Cómo se titula?

—*Compendio de los sistemas filosóficos conocidos desde Adán hasta nuestros días.*

—¡Magnífico! Venga.

Y sus páginas conmovieron el corazón del impresionable doncel, trastornando á la vez su cerebro, instintivamente ávido de cuantas novedades daban de sí las fábricas del pensamiento.

III

Desde aquel instante, Feliciano se dedicó con tal afán al estudio de la filosofía, que al cabo de unos cuantos meses supo al dedillo los principios de todas las escuelas, siendo su cabeza como inmensa posada donde los más peregrinos ingenios, en particular Allan Kardec, se hallaron albergados. ¡Oh! ¡Allan Kardec! ¡El pensador que había descornado ante sus ojos el velo que encubría el incomparable mundo de los espíritus! ¡El hombre que había, cual ninguno otro, halagado los ensueños de su dicha!

Que el espiritismo tiene por fundamento la existencia de seres inteligentes é invisibles; que los espíritus están en todas partes, y constituyen una de las potencias de la naturaleza; que los hay sábios é ignorantes, sinceros é hipócritas, más ó ménos perfectos, según el grado de elevación á que han llegado; que se encuentran revestidos de una capa etérea, *perispiritu*, formada por el fluido universal, y en ocasiones de capas materiales, cuya duración constituye la vida corpórea; que pueden presentarse ante nosotros, observarnos, y nosotros cambiar con ellos nuestros pensamientos; que el mundo de los espíritus, en fin, es el mundo normal primitivo, preexistiendo y sobreviviendo á todo; tales fueron las cuestiones, que en incesante curso, como las oleadas del mar, preocuparon á Feliciano.

IV

Al verle tan distraído, el director de la casa de comercio le dejó sin empleo, y el infeliz comenzó á ponerse pálido, y á quedarse flaco, muy flaco.

Entregado á los delirios de la imaginación, no salía de casa; y cuando le visitaba alguno de sus

conocidos, parecía un filósofo alemán: apenas acertaba á modular palabra.

Su anciana patrona doña Angustias, andaluza que hablaba por siete, extrañada de tan prolongado mutismo, llegó á formar del pobre chico un concepto hasta deshonoroso. Para ella, ó Feliciano no tenía nada de lo de Salomon, ó tenía mucho de lo de Orates.... Las mujeres han sido siempre iguales. ¡Ay de vosotros si no sois habladores y chistosos! Porque, según dice una amiga mía, el talento de un hombre está en razón directa de su conversación y de sus chistes.

V

En un tratado de filosofía cristiana había leído nuestro héroe que la felicidad en este valle de lágrimas es efímera, relativa, mientras que la verdadera, la absoluta, únicamente puede gozarse al lado de Dios, en las mansiones de ultra-tumba. Pero él no estaba conforme con semejante teoría. Feliciano, que había dejado atrás á Kardec en los estudios espiritistas, creía que podía llegar á ser feliz, completamente feliz, sin necesidad de tales requisitos.

¿Cuándo? Cuando quisiera. ¿Cómo? Por el espiritismo.

VI

Una noche de diciembre, el huésped de doña Angustias se recogió en su alcoba de la calle del Molino de Viento muy temprano, serían las siete. Cuando un habitante de Madrid se mete en cama á tales horas, una de dos, ó está enfermo, ó divisa ante sus ojos un porvenir más negro que las alas de un vencejo.

Era noche de Navidad, noche de alegría, de regocijo, menos para el pobre espiritista, que se moría de tristeza, como por lo general sucede á todo aquel que no tiene una peseta, ni esperanza de conquistarla en mucho tiempo.

Feliciano se hallaba lejos de su familia, y, para consuelo de sus penas, doña Angustias le había notificado la irrevocable sentencia de ponerle en la calle, si en el término de cuarenta y ocho horas no le satisfacía cierto piquillo, que ella se empeñaba en decir que le debía.

Quiso su buena estrella, sin embargo, que un antiguo compañero suyo, actual almacenista de vinos, tuviese la ocurrencia de regalarle el día anterior un par de botellas de Lácrima, capaces de resucitar al mismísimo Carlo-Magno con sus doce pares de Francia; y entre sorbo y sorbo se puso á contemplar la luna al través de los vidrios de la ventana de su alcoba. ¡Oh! ¡qué de recuerdos surgieron entonces en su mente, al compás del lejano

estruendo de tambores, panderos y almireces, y del estrépito de media docena de gatos, dados sin duda á Lucifér, según mauyaban y corrían por los tejados circunvecinos! El satélite de la noche, deramando sus poéticos rayos en medio de un cielo sin nubes, parecía como que trataba de anunciarle el tesoro de ventura, de que tal vez muy pronto iba á gozar su espíritu.

ABDON DE PAZ.

(Se concluirá).



COVADONGA

Covadonga es la cuna de la nacionalidad española.

Es una montaña, en cuya cima se empeñó la lucha de siete siglos que terminó bajo los minaretes de Granada.

Hay montañas cuyo nombre, cuyo recuerdo no puede borrarse nunca de la mente de la humanidad.

Parece que Dios ha querido escoger los lugares más altos, para en ellos ejecutar sus más elevados designios.

En la cumbre de la montaña de Ararat descansó el arca de Noé después del Diluvio universal: fué, pues, la cuna del género humano en cuanto á su existencia material.

Sobre el Mória iba Abraham á decapitar á su hijo Isaac, cuando Dios le designó para padre de una numerosa posteridad, de la que había de nacer el Redentor del mundo.

En la eminencia del Sinaí entregó Dios á Moisés, en dos tablas de piedra, esa Ley fundamental que rige los pasos y las aspiraciones del hombre.

En lo más prominente del Oreb murió el caudillo y legislador de los hebreos, á la vista de la tierra de promisión, pero sin poder penetrar en ella, por la desconfianza que tuvo de las promesas de Jehová.

El templo más grandioso que existió en el mundo, fué fundado por el hijo de David en el monte Sion.

El Ghólgota sostuvo en su más elevado pico la cruz que redimió al humano linaje de la esclavitud del pecado. Desde entonces el Calvario es amado por el humano corazón.

El Senado de Roma estaba situado en el Capitolino, siendo este monte el asiento de la soberanía del mundo entero.

Y el Parnaso, las Thermópilas, los Alpes y los Pirineos, presenciaron mil y mil hechos en que se jugaba el porvenir de todo el globo.



LA TUMBA DE DON PELAYO

Covadonga fué el baluarte de nuestros dispersos campeones, despues de la rota del Guadalete.

Unos hombres extraños, venidos de regiones ardientes, de fanáticas creencias y de pasiones volcánicas, habian invadido la pátria de Recaredo.

Validos de su fuerza, que era mucha, y de la fatalidad que presidia á todas sus acciones, derrotaron á toda una nacion de héroes, reunida en el Guadalete.

Despues, se diseminaron por toda España, llevándolo todo á fuego y sangre, del mismo modo que el vendabal destroza y aniquila cuanto su marcha detiene.

España fué esclava de los hijos de Agar.

El Koran se veia en nuestras basílicas encima de la Biblia deshojada y escarnecida.

La media luna habia sustituido á la cruz en las torres de aquellos templos, en que tantas veces habia resonado la voz de los Isidoros y Leandros, de los Osios y los Florencios.

España debia haber cometido un crimen espantoso, cuando el castigo de Dios era tan terrible.

Pero el mismo Altísimo, justo y misericordioso, que castiga y perdona, no consintió que pereciese la sangre de Chindasvinto.

Permitió que quedase un vástago que, plantado en Covadonga, de tal manera echase raíces, que viniese á formar un árbol gigantesco, cuyas ramas diesen sombra hasta el Real de Santa Fé.

Pelayo, jóven vigoroso, habia lidiado como un leon en los campos de Jerez.

Una vez vencido el ejército de los godos, no quiso someterse, como otros muchos, á la voluntad del vencedor.

Mal se aviene el águila rapante á vivir tranquila dentro de una jáula, á merced de un dueño despota.

Pelayo, hijo de D. Favila, duque de Cantabria, primo de D. Rodrigo y de la sangre de Chindasvinto y Recesvinto, tenia que realizar grandes fines.

Porque Dios permite que los pueblos se vean esclavos á causa de sus crímenes, pero como su bondad es infinita, despues envia libertadores.

Moisés fué el libertador de los judíos; Jesús de los hombres; Cincinato de Roma; Pericles de Grecia, Guillermo Tell de Suiza, Pelayo de España.

Dios se acuerda siempre de sus hijos, áun en el momento del castigo.

Pelayo, con unos pocos compañeros de infortunio, se dirigió al Norte de la Península.

Viendo que los hombres no habian sabido oponer potente valla á la invasion, la buscó en la naturaleza.

Los montes cántabro-astúricos fueron las murallas de que dispuso.

Allí, al frente de un puñado de guerreros, pues apenas llegaban á quinientos, desafió las huestes de Alahor.

El ejército del emir, compuesto de muchísimos millares de hombres, sitió al hijo de Favila en la montaña de Covadonga.

En la cima se hallaban reunidos los godos, orando en la cueva destinada á la Virgen María.

Al darse la acometida, las flechas de los árabes revotaban en las peñas y volvian de rechazo á herir á los mismos que las habian disparado.

Y caian centenares de ellos para no volver á levantarse. Esto exacerbaba más y más la furia de que estaban poseidos.

Llenos de coraje, pretendieron escalar la escarpada roca.

Pero las peñas que los campeones de Pelayo dejaban caer rodando, aplastaban las masas bajo su peso colosal.

Por fin, viendo la imposibilidad absoluta de vencer en la montaña, decidieron los africanos salir á esperar en la llanura.

Reunióse el ya mermado ejército, y púsose en marcha. Al pasar por un punto estrecho del valle, entre el rio Auseba y el monte, éste se desplomó completamente y vino á caer de lleno sobre Alahor y sus soldados.

A semejanza de lo acaecido con Faraon y su ejército en el paso del mar Rojo, en el valle del Auseba no quedó ni uno solo con vida.

Así terminó la batalla de Covadonga.

Los guerreros españoles, entusiasmados por la victoria conseguida sobre los infieles, levantaron á Pelayo sobre el pavés. Esto es, le proclamaron rey.

Era el año 716 de la era cristiana.

Poco tiempo despues se casó con Gaudiosa, hija de un conde godo.

Por espació de veintiun años ocupó el trono de Astúrias, teniendo su córte en Cangas.

El nombre de Pelayo, *Belay el Rumí*, como le llamaban los moros, fué temido de los agarenos, que nunca podian olvidar la ofensa inferida á su bandera por tan corto número de hombres.

El año 737 murió D. Pelayo, rey de Astúrias. Fué enterrado con su esposa Gaudiosa en Santa Eulalia de Belapnion.

Tres años más tarde era rey de los astures Alfonso I el Católico, casado con Hormesinda, hermana del héroe de Covadonga.

Fué un rey que conquistó la mitad de la Península y casi todo el Portugal.

Fundó muchos monasterios y reedificó multitud de templos demolidos por los árabes.

En Covadonga levantó un monasterio á la Virgen Santa María.

Allí hizo conducir los restos de D. Pelayo, de su esposa y de su hermana.

Allí se conservan hoy.

Hállase la tumba á los piés de la iglesia. Está dentro de una cueva natural que mide doce piés de fondo. El sepulcro es de piedra tosca y sencilla, liso, sin labor ni inscripcion de ningun género.

Las paredes, el techo y el suelo de la cueva están llenos de musgo y humedad.

Un boquete ó tronera con reja da paso á la luz y á las miradas del investigador.

Al asomarse se siente el vértigo de la gloria.

No hay alma que no se conmueva al contemplar aquella losa, que guarda los restos del héroe de nuestra independencia.

Covadonga encierra nuestros recuerdos más queridos.

JOSÉ MARÍA MEDINA

Á LA VÍRGEN MARÍA

Fanal hermoso y claro de celestial pureza,
Perfume deleitoso, aroma embriagador,
La Reina que en el cielo ostenta su belleza,
La Virgen seductora, el alma del candor.

La plácida azucena de sin igual blancura,
La flor que allá en el Ghólgota el pétalo cerró,
Bañando el cáliz bello en mares de amargura
Que el Dios-hombre con sangre de mártir saturó.

La Madre que en dolores el alma torturando,
Pendiente viera á su Hijo, clavado en una cruz,
Estrella que luz viva sublime destellando,
Al orbe entero alumbra con su divina luz.

No tengo, no, María, para ofrecerte hermosas
Las perlas delicadas, tesoros del Ofir,
Ni una guirnalda tengo tejida con las rosas
De Jericó divinas, ni broches de zafir.

Ni del Egipto tengo la palma que cimbreo
El agitado viento en árbol secular,
Ni tengo peregrina la flor á quien orea
Del Líbano en la cumbre el Fénix al volar.

No tengo yo tampoco los claros puros linfas
Que filtran los peñascos de Oreb y del Hebron,
Ni tengo que ofrecerte de celestiales ninfas
Un coro que himnos cante con melodioso son.

No tengo esos luceros que bordan la azulada
Esfera clara y pura de tu planta escabel,
Ni tengo de Ericina la luz blanca y plateada
Para brindarte de ella el trasparente riel.

Mas tengo aquí en el alma de fé viva un tesoro,
Y tengo mis cantares, humilde trovador,
Y tengo más que joyas brillantes y que oro,
Pues tengo la esperanza de merecer tu amor.

FÉLIX DE LEON Y OLALLA

¡QUE VIENE EL COCO...!!!

Me atreveria á asegurar, sin que esta afirmacion mia tenga nada de temeraria ni aventurada, y sin el temor más leve de que mis infantiles lectores puedan presumir siquiera que yo pretendo aparecer ante ellos como una especie de adivino, que el epígrafe con que encabezo este artículo no ha pasado ante sus ojos desapercibido. Aún podria llevar más adelante mi presuncion, y afirmar tambien que habrá sido muy distinta la impresion que unos hayan experimentado de la sufrida por otros.

Seguramente que al leer *¡que viene el coco...!* habrán dicho unos, soltando una carcajada burlona y excéptica «*sí, sí, te veo venir;*» pero no es ménos probable, que tambien alguna niña de las más crédulas y meticulosas, ó niño, porque de estos los hay tambien que creen en duendes y fantasmas, y brujas y encantados, haya sentido tal conmocion y experimentado tal miedo, hasta el punto de vacilar temblando entre dejar LA ILUSTRACION y no acordarse más de ella, ó continuar leyendo artículo que empieza con palabras tan alarmantes. Pero despues de este momento de duda, por un lado la curiosidad de saber algo del *coco*, á quien no conocéis más que por las espeluznantes pinturas que os haya hecho más de una doméstica imprudente, de este sér que tan solo existe en su acomodaticia imaginacion, y por otro la confianza que inspira el cariño que tendreis á este periódico, que es vuestro mejor amigo, os habrán hecho triunfar, no sin alguna prevencion, de vuestros escrúpulos, hasta decidiros á continuar y concluir su lectura.

Ahora bien: á vosotros los que temeis al *coco*, á los que temblais ante la amenaza de que venga á devoraros algun *fantasma encantado*, á los que os han hecho ver en el *sereno* que vigila armado de un chuzo y alumbrado por la pálida luz de un farolillo vuestra calle durante las horas de la noche, en que os entregais tranquilamente al reposo en mullido lecho, ó en el *aguador* que por la mañana

temprano os despierta con el acompasado ruido que sus pesados chanclos producen, al subir la tradicional cuba de agua por la escalera interior, un sér sobrenatural, aterrados vosotros los que hayais vacilado al empezar á leer este articulillo, me dirijo para que desecheis tan ridículos temores y os riais de esos entes fantásticos con que os infunden miedo de un modo tan inverosímil como imprudente.

No me sería difícil conseguirlo con razones que vuestra jóven inteligencia sabría apreciar, pero no lo creo necesario, porque os bastará con que os refiera lo que me sucedió cuando, como vosotros, era niño y creía en esas cosas, á las que tengo desde entonces como destituidas de fundamento y de verdad, merced á un hecho casual que puso de manifiesto ante mis ojos la falsedad de esos séres, lo cual no habia conseguido mi buena madre, que se esforzaba en vano en persuadirme con razones para hacerme perder el miedo que la menor cosa me producía.

Desde que contaba muy pocos años, la criada que cuidaba de mí, para reprimir mis travesuras y conseguir que la obedeciera, se valía del medio de causarme miedo, diciéndome á cada instante que habia fantasmas que cogian á los niños; que si no era bueno me llevaría el *coco*. No debían producir en mí gran impresion las palabras de mi criada, cuando tuvo que valerse de hechos para obtener el resultado.

En efecto, una noche de las muchas en que ella decía que estaba yo *inaguantable* con mis *diabluras*, despues de anunciarme cien veces que el *coco* venia y me iba á llevar, cuando vió que yo seguía del mismo modo y sin hacer el menor caso de ella, desaparece de la habitacion en que estábamos, y á poco veo asomar por la puerta un sér, que me pareció un mónstruo, de altura gigantesca y de medio arriba blanco. Inútil creo describiros la impresion que me produjo aquella vision, para mí inexplicable. Quedéme pálido, descompuesto, y se apoderó de mí un temblor tal, que no podia ni aun hablar. No sabia lo que por mí pasaba del miedo de que me hallaba poseido, hasta el punto de parecer más que otra cosa un cadáver, pues que apenas tenia fuerzas para sostenerme en pié.

Resultado de esto fué una enfermedad que me tuvo en cama algunos dias, y que no os será desconocida por lo frecuente que es entre los niños, debida casi siempre á causas parecidas á las que en mí la produjeron.

Desde entonces muchas noches soñaba con *fantasmas* y *encantados*; me sentía en otras trasportar por los aires en brazos de *brujas* y *hechiceros*; parecíame siempre ver al *coco* que venia abalan-

zándose sobre mí: en una palabra, estaba en un continuo sobresalto; el miedo era mi inseparable compañero.

¡Magnífico descubrimiento para mi criada! Su ensayo habia ido mucho más allá que lo que ella pensaba; así es que cuando hacia la cosa más insignificante, con solo decirme *¡que viene el coco!* me tenia sumiso y obediente é inmóvil, donde me mandaba colocar.

Pero ella no contó con la difunta, como vulgarmente se dice; esto es, con la casualidad; y ésta vino á deshacer por completo todo su plan.

Ya iba yo siendo crecídito, y mi mayor distraccion era jugar con un hermoso perro de Terranova, con quien compartia casi siempre las *golosinas* que mamá solia darme á comer por la tarde, sin que se me olvidara tampoco darle más de una sopa del chocolate por la mañana.

El, por su parte, correspondia á mis cuidados con incesantes caricias y halagos y con una paciencia sin límites para sufrir dócilmente todas las pruebas á que le sometia con mis travesuras.

Es cosa sabida que en los primeros años de nuestra infancia nos inclinamos á todo aquello que más impresiona nuestra imaginacion. Por esto se explica que en aquella edad cuando miramos alguna vez al porvenir, unos, á quienes llama la atencion el magestuoso aparato con que se celebran las augustas ceremonias del culto divino, digan que quieren seguir la carrera eclesiástica, y que van á ser, cuando ménos obispos, y otros á quienes agradan más los colorines del uniforme militar, sus acompasadas marchas y las notas ligeras y armoniosas de sus charangas, sueñen con ceñir á su cintura el fajin de general.

Yo pensaba como estos últimos, y por esto, todos mis entretenimientos consistian en parodiar el ejercicio militar.

Un dia que me hallaba con un sable de caña ceñido á la cintura, y una gorra de papel encasquetada en la cabeza, cabalgando en mi dócil perro, más ufano que D. Quijote en su Rocinante, y dando voces de mando á unos soldados de plomo que habia colocado sobre el suelo, en orden de batalla, volvió mi buena criada para hacerme callar, á amenazarme con llamar al *coco*.

Distraido con el papel que yo me figuraba representar, no hice caso de sus para mí téticas palabras, y cuando más entusiasmado estaba, creyéndome un general victorioso, al asaltar la trinchera enemiga en brioso caballo, capitaneando un ejército aguerrido, veo aparecer ante mí aquella horrible figura que tan funestos recuerdos habia dejado en mi infantil memoria.

A los gritos que exhalé al caer al suelo, del per-

ro en que montaba, éste se abalanzó furioso sobre la misteriosa aparición, derribándola también.

Figúrense mis pequeños lectores cuál sería mi sorpresa, al volver de aquel aturdimiento y ver la escena que apareció ante mis ojos.

El horrible fantasma, el temible coco que tanto miedo me había causado y que tantas pesadillas me había hecho sufrir, yacía á mis piés derramando sangre del mordisco que le dió mi fiel perro. Pero lo más notable fué que no había tal coco ni tal fantasma, y aquella vision no era, según entonces pude ver, más que la criada que, echándose una sábana sobre la cabeza y levantándola con la caña de una escoba para aparecer de más estatura, quiso atemorizarme, apareciendo ante mí como un sér sobrenatural cuyo mayor placer era arrebatarse á los niños que no eran obedientes y sumisos.

Apenas me convencí de aquella patraña, cobré ánimo, y con actitud arrogante empecé á increparla duramente, terminando, con aire de triunfo, con un *¡muera el coco! ¡abajo los fantasmas!*

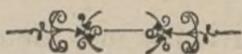
A los gritos acudió mamá, y escusado es decir que en el acto quedó despedida la doméstica que de un modo semejante se había conducido conmigo.

Seguro estoy de que vuestros papás no usarán de medios parecidos á los que empleó mi criada para hacerse respetar de mí, no solo porque vosotros sereis muy obedientes para con ellos y con vuestra conducta os hareis acreedores á su cariño, lejos de obligarles á que contra su voluntad tengan que castigaros, sino también porque su discrecion les indicará las fatales consecuencias que puede acarrear el infundir miedo á los niños de esta manera.

Ahora bien: ya veis lo que son los fantasmas y encantados; no existen más que en la imaginacion de criadas tan indiscretas como la mia, que se valen de la credulidad de los niños para atemorizarlos, infundiéndoles miedo, sin prever las consecuencias que esto puede originar.

Por esto yo creo que vosotros, en vista de la escena que os acabo de referir, lejos de temblar asustados, os echareis á reir, si alguna vez os dicen *¡que viene el coco...!*

FRANCISCO MUÑOZ Y RODRIGUEZ



EL HEROISMO EN LA INFANCIA

Sobre el murallon del puerto
de Vigo, en una mañana
del cálido mes de Julio,
un bello niño miraba

á otros dos, que alegremente
surcaban del mar las aguas.
Como dos peces, nadando,
ya provocaban la saña
de las olas, ya se hundian
bajo sus espumas canas
para elevarse, cual Venus,
sobre su trono de nacar.
Mas tal y tal avanzaron
mar adentro, que en sus ansias
de llegar á deshacer
su carrera, ya muy larga,
nunca dominar podian
las iras de la resaca.
Y allí fueron los apuros,
y allí las tristes plegarias,
y las voces de ¡socorro!
y el grito de ¡quién me salva!
¡Pobres niños inocentes!
Los ecos de la esperanza
por nadie son escuchados,
que está desierta la playa.
¡Desierta! Solo un vapor
desprende tranquilo el ancla,
meciéndose dulcemente
sobre la alfombra de plata
que, horas antes, un sepulcro
sin límites le brindára.
Su capitán se apercibe
de la inminente desgracia,
y, queriéndola evitar,
arrójase en una barca;
pero ya es tarde... muy tarde,
que el niño que viendo estaba
desde el murallon del puerto
á los pobres camaradas
luchando con la agonía,
toda su ropa se arranca,
y corta la mar ligero,
y ante el capitán avanza,
pugnando por enlazar
al extremo de una amarra
los frios pies de las víctimas,
que hacia el malecon arrastra.
Ya se las roba al abismo,
y una vez fuera del agua,
pronto los niños respiran
del campo las ricas auras.
Salta el capitán tras ellos
á la arena, y sin tardanza,
brinda sus brazos al héroe
que consumó tal hazaña.
—¿Cómo te llamas?—le dice;
—Casto,—responde,—es mi gracia,
el niño; y el capitán

vertiendo copiosas lágrimas
y besándole en la frente,
así, profético, exclama:
—Tienes de oro el corazón
y nadie en valor te iguala.
¡Bravo niño! Si la mar
cual á hombre suyo te aguarda,
serás cuanto halla que ser,
serás... honra de la patria.—
No mentía el capitán;
aquel niño, aquella alhaja
gloria del suelo español,
Mendez Nuñez se llamaba.

TIMOTEO DOMINGO PALACIO

Este hecho de Mendez Nuñez es rigurosamente histórico.



LA MANO DE LA PROVIDENCIA

POR

ENRIQUE BENAVENT

(Continuacion.)

—Dios de la gloria; os suplico me concedais un sueño tranquilo, durante el cual, estoy seguro que no me abandonareis: velad, Señor, por mi mamá; porque mi mamita no se ponga enferma, y no vuelva á decir que se va á morir para ir al cielo con mi abuelita. ¡Sois tan misericordioso, Señor! En vos confío.

Terminada su breve oracion, besó Luis un escapulario de la Virgen del Pilar, que llevaba suspendido á su cuello, se arregló lo mejor que pudo, y algunos minutos despues quedaba entregado á un benéfico sueño.

Hemos dicho que la funcion se llevó á cabo; que ningun acontecimiento digno de nuestra atencion ocurrió; réstanos tan solo añadir que, como durante el espectáculo *visible... el no visible* habia dado á los jitanos *ópimo fruto* de pañuelos, abanicos, alfileres y alguna que otra sortija, nuestros héroes creyeron oportuno no perder un solo instante.

Los actores fueron de nuevo echados al carro, sobre un monton de paja súcia.

Los bastidores, ensères, escenario, tablados y vestuario del teatro cosmopolita, fueron cargados en la carreta que á este uso estaba destinada.

Juanelo y Rojo dirigieron las operaciones de carga y embalaje.

La Chataza y Tula acudieron de nuevo al cuidado de nuestro amiguito Luis, á quien hallaron dormido, y que, dicho sea en honor de la verdad, no

fué molestado en su reposo; ántes bien, procuraron dejarle dormir todo el tiempo que les fué posible.

El agosto sacado de los bolsillos durante la velada, quedó convenientemente empaquetado en breves momentos.

Al amanecer, ántes de que los habitantes hubiesen abandonado el lecho, ya los jitanos y su rapina se hallaban léjos del pueblo.

Ya entrada la noche, llegaron al lugar en que la Chataza tenia su hija Rosita: ésta estaba en casa de una buena señora, la marquesa de N., que desde la infancia habia prohijado á la niña, y á la que profesaba un entrañable cariño.

La Chataza se regocijaba, por recobrar á la hija de quien el destino la habia separado durante tantos años.

Tula, en cambio, la hermana de Rosita, no podia acostumbrarse á la idea de que esta última viniese á arrebatarse las caricias de su madre; en una palabra, el egoismo, ese sentimiento innoble y solo propio de personas mal nacidas, apagaba, casi por completo, el cariño fraternal, ese bálsamo que tan dulce debe ser para dos séres nacidos de una misma madre y por cuyas venas circula una misma sangre.

La marquesa de N. esperaba angustiada el momento fatal en que debian arrebatarse á la pobre muchacha, á quien habia dado una esmerada educacion moral y religiosa, y en quien tenia puesta una afeccion pura, noble y desinteresada.

La pobre Rosita se encontraba, pues, fluctuando entre el sentimiento de placer misterioso que le causaba el reunirse conaquella, de quien habia recibido la vida, y el dolor que iba á experimentar al separarse de su buena madre adoptiva, á la que veneraba y queria con toda su alma.

En el momento en que la caravana de jitanos hubo llegado al pueblo, y á pesar de que eran las ocho y media de la noche, la gitana se dirigió con presuroso paso á la morada de la marquesa, á cuya puerta llamó resueltamente.

Un antiguo criado de la casa franqueó la puerta y preguntó á la Chataza:

—¿Qué quereis á semejante hora?

—Vengo en busca de mi querida hija.

—¿Tan pronto?

—No puedo vivir por más tiempo separada del fruto de mis entrañas.

—¿Qué disgusto tendrá la señora!

—Largo tiempo he vivido yo disgustada.

—Voy á pasar recado á la señora.

—Está bien, esperaré.

Desapareció el criado por algunos instantes, al cabo de los cuales volvió y condujo á la recién ve-

nida á una sala baja de la casa, en la que la marquesa y Rosita estaban ocupadas en arreglar ropas para las gentes pobres del lugar.

A la vista de su madre, Rosita se levantó y fué á abrazarla.

La Chataza estrechaba en sus brazos con extremada efusion, con una especie de frenesí, á la joven.

—¡Hija de mis entrañas!

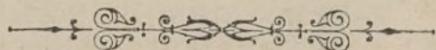
—¡Madre mia!

—¡Qué hermosa te has puesto desde la última vez que vine á verte! Vengo en tu busca.

—Madre mia, cúmplase la voluntad de V.

Y un raudal de lágrimas inundó el rostro de la cándida Rosa.

(Se continuará).



HIDROGRAFÍA

Un real de agua equivale á 3 pulgadas cúbicas por segundo, 180 pulgadas cúbicas ó 4.466 cuartillos por minuto, 6 1/4 piés cúbicos ó 68 azumbres por hora, 150 piés cúbicos en 24 horas, 100 subas de tamaño ordinario en el mismo tiempo.

Un pié cúbico por segundo equivale á 576 reales de agua. Una pulgada cúbica por segundo corresponde á 50 piés en 24 horas. El real de agua se subdivide por mitades sucesivas en medios reales, cuartillos, medios cuartillos diez y seis avas partes.

La pulgada de fontanero, que es la unidad de medida adoptada por los franceses para la medición de las aguas, equivale á 17,75 pulgadas cúbicas españolas por segundo, y por consiguiente corresponde á poco menos de 6 reales fontaneros.

JOSÉ ANTONIO GARCÍA DE LA IGLESIA
(PRESBITERO ESCOLAPIO)



El con verdad eminente escritor, el patriarca de nuestra literatura, el venerable y sábio anciano Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, ha honrado las páginas de nuestro periódico con su nombre, nos ha autorizado para que le consideremos como nuestro colaborador, dentro de las condiciones que su ancianidad lo puede permitir. Nuestro mejor galardón, nuestro timbre de más valía es que el anciano vate, en quien, apesar de la nieve con que la edad esmalta su venerable cabeza, no se ha enfriado el entusiasmo por las letras, ni ha dejado debilitar en su corazón el latido ferviente del sentimiento, nuestro mejor galar-

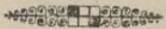
don, decimos consiste en que el respetable maestro haya considerado bueno nuestro propósito al publicar LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS. Nuestros suscritores, que de día en día aumentan, nos alientan tambien. Nosotros, por nuestra parte, procuramos hacernos dignos de tantos favores.



Hemos recibido el número 1.º de *La Ilustracion Cristiana*, magnífica revista católica de ciencias, artes y literatura, que ha empezado á publicarse en esta Corte desde 1.º de Julio actual.

Con decir que dicha publicacion ha merecido la bendicion apostólica del Sumo Pontífice, y que está recomendada y elogiada por el episcopado español, hemos dicho cuánto vale en su parte literaria y material. Las firmas de Perez Echevarría, Perier, Buceta, Castro, Dos Hermanas, Balaca, Jorroto y Soldevilla, aparecen en sus columnas, que están perfectamente impresas en un riquísimo pliego de 16 páginas, en fólio mayor. Los grabados son excelentes copias de nuestros pintores clásicos.

Deseamos larga vida á *La Ilustracion Cristiana*.



Como habrán tenido ocasion de observar nuestros abonados, en el presente número continuamos publicando el *Método de francés*, original de nuestro colaborador Sr. Benavent.

En los siguientes saldrá tambien la continuacion de las demás obras que tenemos comenzadas, y que proseguiremos con asiduidad, para que cuanto antes nuestros lectores posean los volúmenes completos que regala nuestra REVISTA.



PROBLEMA

Si para empapelar una sala se necesitan 90 piezas de papel de 75 centímetros de ancho, ¿cuántas piezas se necesitarían, si el ancho fuera de 60 centímetros?

MARIANO SANCHEZ BRUIL



CHARADA

Prima es letra consonante,
y la tercera tambien;
quien tiene tres y primera,
dos prima pension que es,
tiene carrera segura
y será hombre de saber,
á menos que por su incuria
de todo el nombre le den.

SECCION DE ANUNCIOS



LA ILUSTRACION
DE LOS NIÑOS
REVISTA QUINCENAL

Cuesta solo **ocho reales al mes** en Madrid: siete pesetas cincuenta céntimos en provincias, cinco pesos fuertes en oro en Ultramar y el extranjero.
Oficinas, Fuencarral, 3, principal.

HISTORIA DE ESPAÑA, POR D. ESTEBAN HERNANDEZ Y FERNANDEZ.—Se publica por entregas de 8 páginas en 4.º, buen papel y con abundante lectura.—Precio, *un cuartillo de real* cada entrega.—Semanalmente se repartirá un cuaderno de ocho entregas, ó sean sesenta y cuatro páginas, y una hermosa lámina, costando solo 2 reales.

Con el último cuaderno de la obra se regalará una gran colección de retratos de los personajes que más han figurado en la revolución de 1868.

Los pedidos, á los señores Murcia y Martí, Tabernillas, 2, Madrid.

LICEO BENAVENT.—ACADEMIA DE FRANCÉS.—Enseñanza esmerada de caligrafía, reforma de letra, teneduría de libros, música, solfeo y piano. Director, Enrique Benavent, profesor de idioma francés. Lecciones á domicilio. Clases en colegios y casas particulares. La matrícula, abierta todo el año. Libro de texto, 40 rs.
San Bernardo, 52, pral., Madrid.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA.—Se han publicado diez tomos: *Manual de física popular*, por D. Gumerindo Vicuña; el primero del *Novísimo Romancero Español*, por los escritores más distinguidos; *Manual de aguas y riegos*, por D. Rafael Laguna; *Manual de Metalurgia* (tomo I), por D. Luis Barinaga; tomo I del *Año Cristiano* (Enero), por D. Antonio Bravo y Tudela; *Manual de Mecánica popular*, por D. Tomás Ariño; *Manual de industrias químicas inorgánicas* (tomo I), por D. Francisco Balaguer; *Manual de química orgánica*, por D. Gabriel de la Puerta; *Guadalete y Covadonga*, por D. Eusebio Martínez de Velasco, y *Romancero Español* (tomo II), por distinguidos escritores.

Cada semana aparecerá un tomo de 256 páginas, ilustrado con grabados.

Precio por suscripción, una peseta, y seis reales el tomo suelto, pudiéndose suscribir á todas ó á una sola de las secciones.

Los pedidos, á su editor, D. Gregorio Estrada, Doctor Fourquet, 7, Madrid.

FLORES DE MAYO, Ó MES DE MARÍA, escrito en verso por el Reverendo Padre José Antonio García de la Iglesia.

Un tomo de 128 páginas en octavo.

Se vende al precio de 2 reales en toda España, y 3 en el extranjero, franco de porte.

Los pedidos deben dirigirse á su autor, Escuelas Pías de San Fernando, Meson de Paredes, Madrid.

OBRAS DE TEXTO, escritas por María del Pilar Sinués.—*La Ley de Dios*, Colección de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo, sexta edición, ilustrada con láminas: precio, 6 reales.—*A la luz de una lámpara*, colección de cuentos morales, nueva y bonita edición: 4 rs.—Estos dos libros se hallan de venta en todas las librerías, y en casa de su autora, calle de Vergara, núm. 1, tercero izquierda, Madrid, como también *Combates de la vida*, dos novelas originales, que forman un tomo de 400 páginas en 8.º, al precio de 10 reales. Según el pedido, se hacen grandes rebajas.

BIBLIOTECA DE SEÑORAS.—Novelas originales de la señora doña Faustina Saez de Melgar.—Administración: calle de Silva, núm. 29, 2.º, Madrid.
París: Denné Schmitz.
Habana: A. Chao.

FÁBULAS MORALES, POR DON ALFONSO E. OLLERO.—Este libro, de lectura agradable y útil, forma un tomo de 340 páginas en 4.º mayor, y se vende á 12 reales en las principales librerías y en casa de su autor, Olivo, 24, principal. Los suscritores de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS podrán adquirirle por 10 rs. presentando el recibo de su suscripción en la Administración de aquella, Fuencarral, 3, pral.

FÁBULAS EN ACCION.—Cuadritos dramáticos en verso, por Teodoro Guerrero.—Las FÁBULAS son comedias que encierran una enseñanza moral, escritas para que los niños y los jóvenes puedan representarlas en sus casas ó en los colegios, y sirven además de ejercicio para la lectura del diálogo en verso.

Contiene el tomo las siguientes:
La filosofía del vino.—*El valor del tiempo* (con lámina).—*Un minuto de olvido.*—*La lógica del duelo* (en dos cuadros).—*La educación de la mujer.*—*El dinero y la hermosura* (en tres

cuadros).—*Entre el vicio y la virtud.*

Se vende á 6 rs. en Madrid, en la librería de Sanchíz, plaza de Matute, núm. 2. Pedidos de provincias al autor, calle de Claudio-Coello, núm. 13, remitiendo 7 rs.

Los suscritores de LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS pagarán sólo 4 reales en Madrid y 5 en provincias, advirtiéndolo al hacer el pedido ó presentando el recibo en la librería.

LA MÚSICA DEL PUEBLO, colección de cantos españoles, recogidos, ordenados y arreglados para piano por D. Lázaro Nuñez-Robres. Almacén de música de D. Nicolás Toledo, calle de Fuencarral, núm. 11, Madrid. Precio 12 reales.

UN LIBRO PARA LAS JÓVENES, estudio social por María del Pilar Sinués.—Un tomo de 340 páginas, elegantemente impreso; precio, 3 1/2 pesetas, y *Combates de la vida*, dos novelas originales de María del Pilar Sinués.—Un tomo de 400 páginas en 8.º; precio 2 1/2 pesetas.

Se venden en todas las librerías y en casa de la autora, Vergara, 1, 3.º izquierda.

MILAGRITO, polka-mazurka.—Esta preciosa pieza de música se vende á 4 reales en la Administración de esta Revista, Fuencarral, 3, principal, y en los almacenes de los señores Romero, Preciados, 1, y Toledo, Fuencarral, 11.

IMPORTANTE.—Á ruego de muchos señores suscritores, todos los regalos de esta Revista se venden al precio de 4 reales en la Administración del periódico, calle de Fuencarral, núm. 3, principal.

IMPRESA, Rubio, 20.—Circulares, membretes, impresos civiles y militares, recibos de inquilinato, billetes para rifas y espectáculos públicos, tarjetones, facturas, libros talonarios, prospectos, periódicos y obras de todas clases y tamaños, esquelas de invitación y funeral, tarjetas á 6 rs. 100 y trabajos litográficos.

EL RECREO INSTRUCTIVO.—Colección de obritas dramáticas á propósito para ser representadas por niños, y de las cuales se han agotado ya dos ediciones. *La Caridad*, en dos actos; *El Mesías prometido*, en uno; *Muerte y resurrección de Jesús*, en tres cuadros.

Administración de la Revista de Beneficencia, Sanidad y Establecimientos penales.

Pedidos, al autor, D. E. Llofríu, Duque de Alba, 18, 3.º, izquierda,